

---

# A mano

Carmen Serrano de Haro Martínez

Duerme una mano.  
Ándase con gran tiento.  
Está pensando.

ALEJO LIGERO

Una inteligencia de las manos que habría jugado un papel fundamental en la producción, la difusión y la transmisión de saberes.

XAVIER NUENO

En el Museo de las Colecciones Reales de Madrid se muestra un aparato singular, el *quirogymnasio*. Inventado por Casimiro Martín en 1842, permitía a los pianistas realizar ejercicios de estiramiento de manos para fortalecer las falanges y adquirir agilidad en los dedos.

Casi un siglo y medio antes, con la llegada de Felipe V al trono de España, se había iniciado la práctica regia de instituir reales manufacturas, unas de nueva fundación, otras que otorgaban esa noble categoría a oficios y negocios muy antiguos.

Tapices, paños, cristales, municiones, naipes, cerámica, hilados, tabaco, pólvora, abanicos, cañones y muchos más objetos se

convirtieron en producciones reales que aprovechaban muy diversas materias primas y la bien adiestrada mano de obra nacional. Algo más de una sesentena de fábricas, esparcidas por toda la geografía española, elaboraban piezas destinadas tanto al consumo interno como a la exportación.

Aunque el posterior proceso de industrialización daría al traste con la utilidad mercantil de la mayoría de ellas, la manufactura sigue hoy presente en muchas disciplinas. En su homenaje y ante el desembarco masivo de la inteligencia artificial, *Revista de Occidente* ha querido recopilar en este número una variopinta serie de artículos en torno a «la mano creadora».

Es la mano que rasgúa el arpa (Sara Águeda Martín) y la que confunde a los sentidos del espectador y le conduce a un desenlace inesperado (Ramón Mayrata), la mano que impulsa el balón de rugby, la que se enfunda el guante de esgrima o de boxeo y la que lanza la pelota contra el frontón (Javier García-Larrache Olalquiaga). Es la mano que disecciona y transplanta órganos vitales (José Ramón Núñez Peña) o, muy al contrario, la mano ajena y asesina que en la ficción se le implanta a un criminal (Noemi Guillermo Martínez). También la que compone, con tipos de imprenta, signo a signo, un texto coherente (José Manuel Martín Lanza Almeida) y la que elabora tamales, amasa rítmica la harina y extrae de las anchoas sus invisibles espinas (Alicia Ríos Ivars).

La mano que ilumina en paciente dorado las capitulares del códice medieval (Luis Francisco Martínez Montes), la del artista que se mancha los dedos de acuarela y tinta china o que se los destroza con el cincel y la gubia (Juan Manuel Bonet), la que, con una mera aguja, borda dibujos sobre un tafetán de lino (Ana Cabrera Lafuente), la protagonista asidua de sueños y relatos (Alicia Mariño Espuelas), la que aplica en el vidrio la grisalla (Carlos Muñoz de Pablos) y la que ensambla maquetas que captan la esencia de un espacio antes de que exista (Benedetta Tagliabue).

Viene a las páginas siguientes toda esa inteligencia concentrada en la insustituible pericia de las manos, esas manos que hacen, deshacen o no hacen, que piensan o se relajan, que juegan o se enfadan, que se ocultan, manipulan, manejan, señalan o plasman con destreza en arte y en ciencia un cometido preciso.

Esas manos que, al decir de Ortega cuando meditaba sobre el saludo, no se oprimen nunca «de una manera completamente igual».

Esas manos ramonianas, como la del orador-planeador, que «va trabajándose, va descendiendo, ya señalando el párrafo final».

C. S. de H. M.

